

CLAUDIA VERÓNICA GIUDICI

Corsaria



La siguiente es una obra de ficción. Cualquier parecido con ambientes o personajes reales, vivos o muertos es mera coincidencia.

Algunas palabras fueron escritas con la gramática original de la época en la que transcurre la historia.

C. V. G.

Prólogo

Rebecca tenía diecisiete años al enviudar. Cuando sus padres le anunciaron que volvería a contraer matrimonio, escapó de Oporto a Brasil persiguiendo las historias que su abuelo le contara de niña sobre Nostra Terra Vera Cruz, una tierra nueva y libre.

Se instaló al sur, en Vila Bela da Princesa, una colonia de la capitanía de São Sebastião.

Su belleza, que no pasaba desapercibida, atrajo la atención de un militar rico e influyente, don Alfredo de Oliveira, quien le ofreció protección a cambio de matrimonio. La vida en la colonia no era sencilla, y Rebecca pronto se sintió acorralada por la necesidad. Luego de pensarlo, aceptó el ofrecimiento de don Alfredo, un hombre varios años mayor que ella. Desposada en segundas nupcias y muy lejos de su hogar paterno, disfrutó de la vida acomodada de la élite colonial brasileira. Sin embargo, su espíritu inquieto la llevó a desafiar las costumbres de la época y a romper con los estigmas que se esperaban de una dama de su condición.

En uno de sus arriesgados negocios clandestinos, conoció al capitán Pierre McTaylor, un misterioso corsario que frecuentaba la isla. La atracción fue inmediata y se convirtieron en amantes. Rebecca conjugó una doble vida en la que, por un lado, era una

dama de sociedad que vivía junto a su esposo en una fabulosa *fazenda* ubicada frente al mar. Y, por otro, era una joven audaz con una vida secreta dominada por sus pasiones.

Se había ganado el apodo de hechicera debido a su interés por la herboristería. En un cuarto escondido de su propiedad había instalado un laboratorio para realizar su alquimia. La mayoría de sus clientes la contactaba a hurtadillas para adquirir alguna poción mágica y sanadora.

Una sucesión de eventos desafortunados la colocó al borde de la muerte y fue María, su criada cómplice, quien obtuvo el socorro del capitán McTaylor para salvarla.

Corría el año 1810. Rebecca y Pierre escaparon juntos de Vila Bela da Princesa hacia el sur, desembarcando en el Virreynato del Río de la Plata en busca de su salvaje libertad. Ignoraban que los tiempos convulsos que vivirían alterarían su destino.

Capítulo 1

Soy tu dama del mar
convertida en aventurera.
Soy tu amiga y soy tu amante,
protectora de tus pensamientos.
Soy tu confidente,
soy tu estrategia secreta,
la que por las noches vela
por tus lunas nuevas.
Tú eres mi héroe,
mi salvador valiente.
Mi libertad te debo
y con pasión me entrego.
Juntos somos invencibles,
yo completo tu vida,
tú completas la mía.

Rebecca observó el rostro de su amado mientras dormía. Pierre McTaylor, el corsario que había arribado a la pequeña colonia portuguesa de Vila Bela da Princesa. El hombre que durante el

día negociaba con los caballeros de las *fazendas* brasileras y de noche seducía a sus esposas.

Sonrió mientras se desperezaba, procurando no despertarlo. Recordó uno de sus primeros encuentros, durante la velada de un baile. Rebecca se hallaba en el balcón de la residencia disfrutando de la brisa de la noche. Pierre la siguió sin que ella se diera cuenta. Se acercó de manera sugestiva robándole un beso. La desafió a tener un encuentro secreto en el bosque. Rebecca lo rechazó de inmediato, sin embargo, a partir de ese día soñaba con él.

Se ruborizó recordando el momento. En silencio, se escabulló de entre las sábanas. Esa mañana estaba desvelada. Se vistió con una pollera amplia y una camisa al cuerpo. Los días en el mar eran muy distintos a los días en la *fazenda*. Su vida había cambiado para siempre. No había más lujos, ni vestidos costosos, ni vajilla francesa, ni sirvientes. ¡Qué más daba! Solo necesitaba a Pierre y su propia libertad.

En la pequeña cocina de la goleta, Rebecca esperó hasta que el vapor emanara del pico de la tetera. Tomó un jarro de latón verde, colocó las hojas de rosa mosqueta y vertió el agua hirviendo. Al instante, la infusión se tiñó de un tono rojo negruzco. Percibió el exquisito aroma que se impregnó en el ambiente.

Ascendió los escalones hacia la cubierta con la taza de té entre sus manos. Caminó hasta los cajones de madera apilados y se sentó en un tablón. Se apoyó en el borde de la batayola mirando hacia la proa. Ya había amanecido. El olor a rocío persistía en la humedad de la embarcación. Se dirigían rumbo al sur.

Pierre se despertó sobresaltado. Debía acercarse al puente de mando para informarse sobre las condiciones de navegación. Giró hacia el costado y se percató de que Rebecca no se hallaba a su lado. Se levantó de inmediato, se vistió y salió a cubierta. Allí la encontró. Sus cabellos flameaban con la brisa. En su rostro percibió cierta nostalgia.

—Buenos días, has madrugado —la saludó con un beso en la frente.

—Buenos días —le respondió ella con una sonrisa—. Lo siento, ¿te he despertado?

—Quizás —dijo él—. Me preocupé, ¿te encuentras bien?

—Sí —respondió y agregó—: necesitaba tomar aire antes de que comiencen las tareas del día. A esta hora el mar se encuentra calmo.

—Presiento que la tranquilidad del mar no se condice con el sentir de tu alma.

Rebecca rio.

—Querido, siempre tan perceptivo. Tienes la capacidad de cambiarme el ánimo.

—Me alegra que así sea —le dijo, complacido por el cumplido. Luego le preguntó—: ¿Deseas contarme aquello que te preocupa?

Rebecca le sostuvo las manos y las besó. Acarició despacio sus muñecas, sus palmas, sus dedos. Eran manos fuertes, pero a su vez eran suaves. Podían tanto empuñar la espada y enterrarla en el pecho del enemigo como recorrer cada rincón de su cuerpo con extrema delicadeza. Eran manos de corsario, pero también de caballero. Ella sabía que Pierre escondía un secreto. ¿Qué podía reprocharle? Nada. Siendo juzgada y condenada por las autoridades de Vila Bela da Princesa, Pierre la había rescatado. Sabía que su generosidad era infinita y su amor, verdadero. Sin embargo, allí estaba, en una nave corsaria de bandera portuguesa rumbo al Atlántico Sur. Sentía que su destino navegaba a la deriva.

—A veces me pregunto: ¿cuál será mi futuro? —comenzó diciendo con cautela.

—Entiendo que debe ser difícil para una dama vivir en altamar —le dijo.

—Deseo que no malinterpretes mis palabras —aclaró. Luego continuó diciendo—: Disfruto cada día contigo. Disfruto de tu amor, disfruto de mi libertad. Aun así, me pregunto cómo será mi vida al regresar a Portugal y si tú te establecerás en tierra o continuarás navegando. Me pregunto si mis padres me reconocerán como su hija, luego de haber huido hacia las Américas.

—Son demasiadas preguntas, querida —le dijo, sonriendo. Luego agregó—: Lamento no poder darte las respuestas que necesitas.

Pierre estaba ansioso por tomar el puente de mando. Se acercó a Rebecca y la abrazó. Ella descansó en su hombro unos momentos. Gozó de la seguridad que él le regalaba. A pesar de ello, se sentía inquieta.

—¿Alguien espera por ti, Pierre? —continuó insistiendo.

La pregunta lo incomodó. No esperaba la misiva durante una conversación matutina. Se acomodó la chaqueta y abrochó los botones. De repente, la brisa estaba más helada que de costumbre. Retrocedió un paso. Rebecca presintió que debió haber sido más discreta.

—No creo que sea el momento para abordar el tema —respondió, eludiendo el interrogatorio.

—Para mí sería importante saberlo —dijo, deseando una respuesta sincera.

—La vida de mar me ha obligado a posponer algunos compromisos —contestó, evadiendo su mirada.

Rebecca se tensó. Escuchar sus palabras le proporcionó la certeza de que Pierre era mucho más que un corsario. Él, astuto, la tomó por la cintura y la besó de manera apasionada.

—Nuestro momento es ahora. Lo viviremos con intensidad —le dijo.

—Lo sé. Olvídalo. A veces extraño a María y sus ocurrencias. Me pregunto qué habrá sido de ella —dijo para alivianar la conversación.

—Se habrá acomodado a su nueva rutina —dijo Pierre con un sesgo de realismo—. Estoy seguro de que Carmela ayudaría con gusto en tus cuidados personales —agregó en tono sarcástico.

Ambos rieron a carcajadas, sabiendo que eso era imposible.

Rebecca tenía claro que no sabía nada de la vida pasada de Pierre. A pesar de compartir el lecho, continuaba siendo un desconocido. No podía permitirse ser una niña soñadora. La conducta de un corsario era siempre impredecible.

Durante los días de navegación que siguieron, Rebecca no consiguió encontrar la serenidad que necesitaba. A medida que la goleta se alejaba de tierra firme, sus miedos aumentaban. La tripulación trabajaba sin descanso. Hombres fuertes, hombres de mar, hombres sin códigos. A bordo, Pierre representaba un escudo invisible entre ella y los marineros. Sin embargo, Rebecca se preguntaba si siempre sería así. Fue entonces cuando comprendió que le era imprescindible aprender a defenderse. Su pequeño mundo se alejaba cada vez más: la tierra, el bosque, la arena, las cascadas, las flores y las plantas. Desconocía de qué manera funcionaba la vida en altamar y los peligros que ella escondía. Debía aprender con rapidez a manejarse en ese lugar hostil, pensó. Una mañana, sin demora, le expresó su deseo a Pierre:

—He pensado que quizás pueda aprender a dominar el arte de la espada.

Él permaneció callado unos segundos. En general, podía anticiparse a los deseos de Rebecca, pero debía reconocer que este pedido lo había tomado por sorpresa.

—¿Lo crees necesario? Cuento con una tripulación entera para defenderte —le dijo, escéptico.

—Desde luego —le dijo, acariciando su rostro y agregando—: siento tu protección en todo momento. Solo por si acaso me gustaría aprender a defenderme por mí misma.

—Querida, una dama no debería empuñar armas, y menos aún armas blancas —le respondió, dejando entrever su desacuerdo.

—Siento que me subestimas, Pierre —le dijo con disgusto.

—De ninguna manera, pero, si así lo deseas, le ordenaré a Simão que se encargue de enseñarte.

Luego, con una sonrisa pícara, le dijo:

—No desearía ser tu enemigo cuando aprendas a dominar las armas.

—Tienes razón, no sería aconsejable —le respondió, entusiasmada por comenzar con su entrenamiento.

La llegada de Rebecca a la nave no había sido fácil. Al comienzo, la tripulación la miraba de manera equivocada.

En una oportunidad, Pierre debió defenderla de un ataque furtivo. Un marinero que se encontraba juntando los cabos de las velas la había visto apoyada sobre la barandilla de popa, observando el mar. La brisa traía su perfume embriagador. La imaginó en sus brazos, acariciando su piel y sus cabellos oscuros. Ingresó en un túnel de éxtasis recordando sus momentos de placer en algún burdel de puerto. Se incorporó y se abalanzó hacia ella, sujetando sus muñecas para controlar sus movimientos. Hundió su cabeza en el cuello y comenzó a besarla con desenfreno. Los marineros que se encontraban cerca le festejaron el arrebato, alentándolo a continuar para luego tomar su lugar. Rebecca forcejeó a los gritos, dándole patadas descontroladas. Fue cuando Pierre, alertado por el alboroto de la tripulación en cubierta, se hizo paso y observó con horror la escena. Sin dudarlo, sacó su facón y le fileteó una oreja. Un caudal de sangre comenzó a correr con rapidez. Preso de rabia y furia, Pierre se dirigió a su atónito público:

—¡Que quede bien claro que la señora Rebecca es una dama! El próximo que se atreva a poner sus mugrosas manos sobre ella correrá la misma suerte —dijo, señalando al herido que gritaba en el piso—. ¡Todo el mundo a trabajar!

La tripulación regresó a sus tareas. Pierre le realizó señas a Simão para que se acercase:

—Sácalo de aquí. Que le detengan la hemorragia. Necesito su mano de obra —le ordenó.

—Sí, señor —le respondió, obedeciendo.

Aquel incidente a bordo fue lo que convenció a Pierre para comenzar la instrucción de Rebecca. Con arduo trabajo, Rebecca aprendió a empuñar las armas blancas y a disparar con fusil. A Pierre le sorprendió la frialdad con la que ejecutaba los tiros a los latones dispuestos sobre la barandilla. Poco a poco, fue ganándose el respeto de la tripulación. Al tiempo, todos comprendieron que la destreza y la astucia de esa mujer eran implacables.

Los quehaceres en la goleta estaban a cargo de la cocinera Carmela. Una española de modales toscos que respondía con su vida a las órdenes de su capitán. Ningún tripulante cuestionaba su posición. A decir verdad, muchos la consideraban el verdugo del corsario. Ella se regocijaba con las habladurías de los marineros porque le otorgaban poder, un poder que en realidad no poseía. Era tan solo una cocinera a la que le gustaba dar órdenes. El día que Rebecca llegó a sus vidas, la acogió como su protegida.

Le había enseñado a cocinar todo tipo de comidas con pescado y frutos de mar. Su especialidad eran las sopas de atún con especias. Juntas, solían amasar y hornear pan casero. A Carmela le entusiasmaba escuchar las andanzas de Rebecca en la isla brasileña. A su vez, ella le enseñaba las propiedades de cada una de las plantas medicinales que crecían en los bosques. Muy pronto, se forjó entre ellas una sólida amistad.

Rebecca sentía que el tiempo en altamar transcurría con lentitud. A medida que se acostumbraba a su nueva rutina, su espíritu inquieto se serenaba.

El día que Pierre elogió sus progresos, ella le confesó:

—Creo que me encuentro más a gusto de lo que me imaginaba.

—Me alegra escucharlo —le respondió—, en el mar los riesgos no dan segundas oportunidades. Además, surcaremos la costa sudeste de Brasil.

—¿Nos dirigimos a la cuenca del Río de la Plata? —preguntó Rebecca.

—Así es. Poseo la misión de realizar un cambio de embarcación —le dijo Pierre.

—Oh, entiendo —exclamó ella, interesándose por sus planes.

—Hace unos años se han instalado astilleros sobre las márgenes de los ríos Paraná y Uruguay. Utilizan buena madera para la construcción de sus naves —dijo.

—¿Desembarcaremos en el Virreynato? —preguntó, deseando saber su itinerario.

—Sí. Serán pocos días —le confirmó.

—¿Podré acompañarte? —dijo, ansiosa.

—Ya lo veremos —dijo.

—¡Ha de entusiasmarme la vida de mar! —dijo, emocionada.

Pierre lanzó una carcajada. Rebecca lo observó, extasiada. Tan masculino, tan rebelde e inquieto como ella. El mundo se ponía a sus pies. Se sintió parte y contraparte de su propia historia. No existía el uno sin el otro. Esa nueva experiencia le llenaba el alma.

Por primera vez en su vida, no necesitaba cuestionar una decisión. Por primera vez, caminaba a ciegas junto a un hombre. Aquel hombre que ella misma había elegido. Tanta felicidad, increíblemente, la dejaba sin palabras. Solo asintiendo, solo acompañando.

La goleta surcaba incansable los mares del hemisferio sur, día y noche. Sus mástiles portaban velas áuricas que le permitían alcanzar buena velocidad. Pierre McTaylor pasaba la mayor parte del tiempo observando desde el puente de mando el comportamiento de las corrientes marinas. Podían navegar por la inercia

que le otorgaban las condiciones climáticas o desplegar todos los recursos a fin de encauzar el rumbo. Alternaba el timón con dos oficiales, aunque siempre se mantenía al tanto de las condiciones de navegabilidad. Pierre McTaylor se había aventurado en altamar con la misión de obtener beneficios comerciales para la Corona portuguesa. Aunque, en realidad, ese no era el principal motivo por el cual había dejado sus tierras y posesiones. Solo su fiel amigo Simão lo acompañaba. Ningún tripulante de la goleta sabía con exactitud de dónde provenía su capitán y cuáles eran sus verdaderos planes. Rebecca no era la excepción a esta regla.

Ella solía apoyarse en el coronamiento de popa y observar el efecto hipnótico que producía la espuma blanca de la estela marina. Por las noches, cenaban a solas, en la intimidad de la diminuta biblioteca, bajo el alumbre de los cerillos. Constituían momentos íntimos. El crujir de las maderas sobre el oleaje llenaba los largos silencios que compartían. El sonido de la interpretación de una palabra era tan poderoso como el silencio de su ausencia. Fue durante una de aquellas veladas donde Rebecca observó preocupación en la mirada de Pierre.

—Te he sentido distante, pensativo. ¿Sucede algo? —le preguntó.

—Nada en particular —respondió, distraído.

—Sin embargo, el ceño fruncido no dice lo mismo —dijo.

—Eres una mujer obstinada. Todo debes saberlo, ¿verdad? —le dijo, tomándole la mano.

—Así es —confirmó ella. Luego agregó—: Me gustaría ayudarte.

Pierre suspiró, resignado. Podía ganar mil batallas en tierra o en altamar, pero jamás le ganaría a la perseverancia con la que Rebecca indagaba en las cuestiones que le incumbían. Finalmente, le compartió su preocupación:

—Quedarán ocho o diez días de navegación hasta la cuenca del Plata. He escuchado en el último puerto que existen revueltas

entre los marinos de la Corona y los patriotas del Virreynato del Río de la Plata.

—¿Y ello podría traernos problemas? —preguntó.

—Tal vez, si no somos cautos. Nuestra goleta responde a la Corona portuguesa. Portugal se encuentra aliado con Inglaterra, que pretende apoderarse de las colonias españolas. Ya ha invadido Buenos Ayres dos veces.

Pierre se mantuvo pensativo un largo tiempo, en tanto se llevaba el último bocado de cena a la boca. Rebecca sirvió un poco más de vino en las copas.

—Es decir que, en estricto rigor, ¿somos extranjeros no deseables en el Virreynato? —preguntó.

—Tal vez. También he escuchado que los realistas se encuentran organizando un movimiento carlotista.

—¿La infanta Carlota Joaquina de Borbón? ¿La reina consorte de Portugal y emperatriz de Brasil?

—Sí, ella se convierte en la presencia más cercana en estas tierras de la Corona española al caer Fernando II prisionero de Napoleón Bonaparte.

—Quizás podríamos camuflar las velas. Nos encargáramos con Carmela de cubrir las insignias.

—Podría ser, pero no tenemos mucho tiempo. Los realistas dominan la banda oriental y los ríos interiores de la cuenca. Una vez en ellos, evitaremos los problemas.

—¡Debemos diagramar una estrategia de ingreso! —exclamó Rebecca.

Él levantó la mirada, la observó en la penumbra y le sonrió. Sintió que su presencia lo completaba.

—El tiempo ha pasado demasiado rápido desde que dejamos Vila Bela. Veo que te has convertido en una valiente corsaria —le dijo, agradecido por su compañía.

—Mi vida solo tiene sentido si estoy a tu lado —le respondió, reconfortada.

El acercamiento a las aguas continentales del Virreynato fue turbulento. La tripulación trabajaba con esmero. Se percibía un ambiente tenso ante la presencia de bergantines y fragatas de distintas banderas.

Pierre pasaba las noches despierto. Estudiaba los mapas cartográficos y las distintas posibilidades de ingreso al puerto. Su intención sería pasar lo más desapercibido posible.

El día anterior a la entrada en la cuenca del Plata, anclaron a una milla para pernoctar. La tripulación siguió las estrictas directivas de su capitán. Esa noche, nadie durmió.

Al despuntar el alba, Pierre dio la orden de soltar las velas y muy lentamente iniciaron el ingreso a la zona portuaria. Todos a bordo permanecieron en silencio durante el trayecto, concentrados en sus tareas.

Arribar a una gran ciudad siempre implicaba un desafío. Arribar a una ciudad con aires independentistas significaba un gran peligro. Pierre lo sabía y temía por su tripulación. Sin embargo, se mostraba seguro ante ellos. Sus negocios lo habían llevado demasiado lejos. No había lugar para un cambio de planes. Sus hombres deberían permanecer en la nave el tiempo que fuese necesario.

La goleta viró proa al sudoeste, girando al oeste, en dirección al continente. Nubes oscuras acechaban el cielo, anticipando tormenta. La atmósfera se percibía tensa. A un lado y al otro, se comenzaban a divisar embarcaciones de distintas banderas. Corbetas, bergantines, balandras, goletas y fragatas. En el horizonte, un vapor alargado y grisáceo escondía la inmensa ciudadela ribereña. Habían llegado a la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María de los Buenos Ayres.

Cuando estuvieron cerca, Pierre dio la orden de tirar anclas. Descendió del puente y recorrió la goleta a paso firme de proa a popa.

Rebecca observó silenciosa las precisas maniobras de arribo, inclinada sobre la batayola de la nave. Luego se dirigió a su camarote a empacar. Acomodando la ropa de cama, la invadió cierta nostalgia. La vida en el mar la había cautivado. Los recuerdos de la última vez que había estado en tierra no eran agradables. Desconocía cuánto tiempo estarían en Buenos Ayres. Quizás serían meses. Sabía que Carmela se ocuparía de mantener el orden. También cuidaría de los objetos personales de Rebecca. Abordó la nave con el poco aliento que le quedaba en el cuerpo desde que había huido del hospital. Sin embargo, durante los meses que había durado la navegación hacia los mares del sur, atesoró algunas pertenencias. Dos o tres vestidos que Carmela le había confeccionado, un juego de cepillo y espejo con incrustaciones de perlas que Pierre le había obsequiado, un chal de encaje natural que llevaba puesto el día que había dejado la *fazenda* en Vila Bela y que había subsistido a los avatares de los días. Concentrada en su tarea, no escuchó la puerta cuando Pierre la atravesó.

—Rebecca, ¿tienes todo listo? —preguntó.

—Sí. Estaba terminando —contestó.

—Deja la maleta en la puerta, un marinero la retirará —le indicó.

—Muy bien —le dijo—. ¿Te ayudo a empacar?

Él le sonrió, la atrajo para sí y la abrazó. Sus rostros, sensualmente cerca, se percibieron.

—¿Quién diría que la dama altanera que conocí aquella noche en la casa del gobernador se ofrecería a prepararle la maleta a un hombre?

Ella rio y le dijo:

—¡Es verdad, mira en lo que me he convertido!

Rebecca le tomó el rostro con dulzura. Colocó sus dedos rozando sus labios y luego lo besó con pasión. Cuando logró dejarlo sin aliento y al borde de un fugaz y rápido calor interno, le susurró al oído:

—Pídeme lo que quieras.

Él la atrajo aún más, rozando cada centímetro de su piel. Le soltó el cabello, que llevaba atado con cintas, y comenzó a desabrocharle la blusa. Rebecca se estremeció al sentir su mano firme en el contorno de su pecho. Tendió su cabeza hacia atrás, atrapada de placer. Luego ella lo tomó de la chaqueta y lo condujo al camastro. Dispuestos a entregarse al deseo, sintieron tres golpes en la puerta del camarote. Pierre escondió su rostro en el hombro, suspirando e intentando recuperar el aliento y la compostura:

—¿Quién es?! —gritó.

—Carmela, señor —se escuchó del otro lado de la puerta.

—¿Qué deseas?

—El oficial lo espera en el puente para recibir instrucciones —dijo.

—Dile que iré en un momento —respondió Pierre, resignado.

—Sí, señor —se oyó decir con timidez.

Ambos se rieron por el momento inoportuno y recompusieron sus ropas para presentarse en cubierta. Más tarde, desembarcaron en Buenos Ayres, capital rebelde del Virreynato del Río de la Plata, perteneciente a la Corona de los reinos de España e Indias.
